

## paso de cebra

# Más allá del vestíbulo, detrás de la puerta

Joan Margarit / Carles Buxadé

*Todo al caer la noche es más extraño:  
La ciudad inmensa, iluminada, rugie.  
Dejamos nuestros coches en las calles  
y cerramos las puertas de los pisos.*

Una pequeña habitación, a la que se accede desde el rellano de una escalera, comunica con un pasillo que finaliza en una amplia estancia con ventanas al exterior. Desde este pasillo se accede, asimismo, a una serie de habitaciones.

Nadie dejaría de reconocer en esta somera descripción la complicada porción de espacio que hemos dado en llamar vivienda. Más bella y profundamente expresada, salvando el abismo de siglos, es la descripción clásica china de la casa ideal:

«Pasada la puerta del jardín hay un sendero y el sendero debe ser sinuoso. Junto al recodo del sendero hay un tabique al aire libre y el tabique debe ser pequeño. Detrás del tabique hay una terraza y la terraza debe ser bien nivelada. A los bordes de la terraza hay flores y las flores deben ser frescas. Allende las flores hay un muro y el muro debe ser bajo. Junto al muro hay un pino y el pino debe ser viejo. Al pie del pino hay rocas y las rocas deben ser raras. Sobre las rocas hay un pabellón y el pabellón debe ser sencillo. Detrás del pabellón hay bambúes y los bambúes deben ser delgados y ralos. Donde terminan los bambúes hay una casa y la casa debe hallarse aislada. Junto a la casa hay un camino y el camino debe tener una encrucijada. En el punto donde se unen varios caminos hay un puente y el puente debe tentar a que se le cruce. Al extremo del puente hay árboles y los árboles debe ser altos. A la sombra de los árboles hay césped y el césped debe ser verde. Más allá del césped hay una acequia y la acequia debe ser angosta. Donde nace la acequia hay un manantial y el manantial debe ser cantarín. Sobre el manantial hay una colina y la colina debe ser grande. Junto a la colina hay una casa y la casa debe ser cuadrada. En la esquina de la casa hay un huerto de verduras y el huerto debe ser grande. En el huerto hay una cigüeña y la cigüeña debe danzar. La cigüeña anuncia que hay un huésped y el huésped no debe ser vulgar. Cuando el huésped llega hay vino y el vino no debe ser declinado. Durante el servicio del vino hay embriaguez, y el huésped ebrio no debe querer marcharse a su casa.»

La facilidad de la vivienda para ser descrita de una forma breve y sintética, cuando se toma como un artefacto al margen del usuario, y el hecho de su prácticamente infinita variedad, cuando ya es determinante y determinada por su utilización, son los componentes definitorios de la complejidad del objeto estudiado. Complejidad acusada, en este caso, por las relaciones sentimentales y afectivas que se establecen entre vivienda y usuario, al margen del análisis científico de quién pretende, con su ayuda, el conocimiento que posibilite una mejor comprensión de la misma. Y son precisamente estas relaciones las que permiten un tratamiento más diversificado en profundidad de la vivienda y, por tanto, otras formas de conocimiento: la vivienda como puesta en crisis constante de toda forma de vivir o como un mundo dentro de otro mundo:

«Así bajaba yo, pues, la escalera de mi sota-banco, estas penosas escaleras de la tierra extraña, estas escaleras burguesas, cepilladas y limpias, de una decentísima casa de alquiler para tres familias, junto a cuyo te-

jado tenía yo mi celda. No sé cómo es esto, pero yo, el lobo estepario sin hogar, el enemigo solitario del mundo de la pequeña burguesía, yo vivo siempre en verdaderas casas burguesas. Esto debe ser un viejo sentimentalismo por mi parte. No vivo en palacios ni en casas de proletarios, sino siempre exclusivamente en estos nidos de la pequeña burguesía, decentísimos, aburridísimos e impecablemente cuidados, donde huele a un poco de trementina y a un poco de jabón y donde uno se asusta, si alguna vez se da un golpeazo al cerrar la puerta de la casa o si se entra con los zapatos sucios. Me gusta sin duda esta atmósfera desde los años de mi infancia, y mi secreta nostalgia hacia algo así como un hogar me lleva, sin esperanza, una y otra vez, por estos necios caminos. Así es, y me gusta también el contraste en el que está mi vida, mi vida solitaria, ajetreada y sin afectos, completamente desordenada, con este ambiente familiar y burgués. Me complace respirar en la escalera este olor de quietud, orden, limpieza, decencia y domesticidad, que a pesar de mi odio a la burguesía tiene siempre algo emotivo para mí, y me complace luego atravesar la puerta de mi cuarto, donde todo esto termina, donde entre los montones de libros me encuentro las colillas de los cigarros y las botellas de vino, donde todo es desorden, abandono e incuria, y donde todo, libros, manuscritos, ideas, está sellado e impregnado por la miseria del solitario, por la problemática de la naturaleza humana, por el vehemente afán de dotar de un nuevo sentido a la vida del hombre que ha perdido el que tenía.

»Y entonces pasé junto a la araucaria. En efecto, en el primer piso de esta casa desemboca la escalera en el pequeño vestíbulo de una vivienda, que sin duda es aún más impecable, más limpia y más lustrosa que las demás, pues este modesto vestíbulo reluce por un cuidado sobrehumano, es un brillante y pequeño templo del orden. Sobre el suelo del parquet, que uno no se atreve a pisar, hay dos elegantes taburetes, y sobre cada taburete una gran maceta; en una crece una azalea, en la otra una araucaria bastante magnífica, un árbol infantil sano y recto, de la mayor perfección, y hasta la última hoja acicular de la última rama reluce con la más fresca nitidez. A veces, cuando me creo inobservado, uso este lugar como templo, me siento en un escalón sobre la araucaria, descanso un poco, junto las manos y miro con devoción hacia abajo a este jardín del orden, cuyo aspecto emotivo y ridícula soledad me conmueven el alma de un modo extraño. Detrás de este vestíbulo, por decirlo así, en la sombra sagrada de la araucaria, barrunto una vivienda llena de caoba reluciente, una vida llena de decencia y de salud, de levantarse temprano y cumplimiento del deber, fiestas familiares alegres con moderación, visitas a la iglesia los domingos y acostarse a primera hora.»

(Hermann Hesse: *El lobo estepario*.)

La filosofía, el trabajo, la ciencia, el dolor, la casa, la soledad, la ciudad, no son más que distintos aspectos de la vida. Y a la vida, como a la muerte, no se accede sólo como «filósofo», como «científico» o como «técnico».

J. M. / C. B.

En el artículo Terminología y erosión, publicado en el n.º 94 de Cuadernos aparecieron las siguientes erratas, que modificaban el contenido de algunas frases.

Línea 4: Donde dice objetivo por adjetivo.

Línea 11: Donde dice supondría por podría.

Línea 26: Donde dice armaduras por armaduras de las placas.

Línea 73: Donde dice complicaciones por ampliaciones.